AÑO XX. — Nº 989. **EL DIA** MONTEVIDEO, DICIEMBRE 30 DE 1951



Dr. GUSTAVO GALLINAL.

La desaparición de este ciudadano, al que en justicia cabe llamar ilustre, significa para el Uruguay la pérdida de uno de los hombres en el que se habían conjugado las más hermosas calidades espirituales, bondadoso, cortés, generoso; con los elevados dones intelectuales puestos de relieve en la cátedra, en el foro, en el libro o en la tribuna; y con la firmeza de sus convicciones democráticas, sometidas a prueba en las horas oscuras en que fueron abatidas por la dictadura. Consejero Nacional, en ese infausto instante, pudo alimentar el ideal de que habría de ser recuperado el sistema de gobierno colegiado que tanto bien deparó a la República, el que contribuyó con su talento político que volviera a ser feliz realidad.

(Foto Juan Caruso)

CASILDA CANTORA

LA mujer María José Luna crió en el ranchería de Rincón de Medina, junto al arroyo Sauce Chico, una niña que llevó el nombre de Casilda — y como el apellido del padre quedó olvidado en el corredor que daba al paso, le dió el suyo, que siempre hay un apellido donde agarrarse. Hija y profunda conocedora del ambiente en que vivía, María José veló celosamente por esta niña, con la esperanza de irse de allí cuanto antes. Así es que la llevaba cosida a su falda. Alguna vez que Casilda, empujada por ese singular instinto de libertad de todo niño, salía rancho afuera y rumbeaba a las uñas de gato con el fin de participar en la cacería de aperiases, expresión de la barbarie de los niños de aquel lugar, o que, en tal día calcinante de verano enderezaba al playo atraída por el griterío de los que en él se bañaban, su madre la paralizó con un grito cortante. Entonces Casilda daba vuelta llorando. Y María José la estrechaba contra su pecho mietnars le decía: —No llore m'hija. Pronto nos vamos de aquí y tendrá todo lo que quiera. No se entrevere con esa gente, están malditos. Y no decía más.



Al anochecer, cansada de tanto mirar, tomaba la guitarra...

Bien. Ese día amaneció silencioso el rancho de María José: ésta no se había podido levantar. —Llame al capitán, m'hija — ordenó a Casilda. Casilda llamó al capitán, que era el único vecino de respeto del ranchería. Ese día cocinó Casilda. Dos días después fué al playo a lavar. Ya tenía 15 años, era fuerte, y tales menesteres los había hecho junto a su madre. El playo quedaba a la izquierda del paso y era el lavadero del lugar. María José la mandó temprano, pues esa hora el rancherío dormía. Lavando estaba Casilda cuando sintió un batir desordenado en el camino, frente a ella. Aquel golpeteo de cascos creció hasta que oyó el choque del agua, en el paso. Y vió un jinete que, en vez de seguir la línea del camino, guió adonde estaba ella. Salió del arroyo un caballo espumeante, lanzando densos chorros de humos por las dilatadas narices. Se tiró de él un hombre y mientras le decía anhelante, como en un dramático secreto: —¡Me tiene que salvar!, echó el apero al suelo de un tirón y tapó el garrerío con alguna prenda que Casilda había traído. Espantó el caballo monte adentro y el trepó a un sarandí que allí había. Y el silencio cayó sobre el playo. Casilda estaba inmóvil, suspensa. Aquello fué como una visión, un relámpago. Y de nuevo sintió ruido de cascos sonando en el camino. Ahora eran tres hombres. Cruzaron el paso, se detuvieron y fueron a ella. El cabo Quinca — ella lo conocía — le preguntó: —¿Cruzó un hombre, recién, el paso? Y ella, sin titubear, respondió: —Hace un ratito. Siguió corredor afuera. Y sintió, ya desaparecidos los jinetes, el ruidaje de las ramazones azotadas, el crujir del arenal y después, ya lejos, el sonar del camino bajo el galope de las bestias. Resbaló el hombre sarandí abajo y le dijo: —¡Gracias! Voy a ver si puedo manear mi caballo al á adentro. Yo me pasaré la noche en alguna cueva... Desapareció entre los árboles. Casilda seguía lavando. Pero su alma no estaba en el jabón negro, en la tabla gastada, en el palo de golpear, en la arena, en el agua lechosa. Al rato apareció él. Descubrió sus garras, las lió y apretó con el cinchón. Sacó su tabaco, desnudó su largo cuchillo y comenzó a picar. Era joven. La barba, menuda, le ennegrecía el rostro. El pelo ensortijado le caía por el cuello. Lió y encendió. Y después dijo: —Me llamó Pedro García. Ando medio perseguido. Mi caballo está aplastado del todo. Le voy a dar un descanso y mañana temprano me voy pa atrás... (Un pequeño silencio). Usté me salvó la vida — siguió — no crea que me voy a olvidar de esa cuenta... ¿Cómo se llama? —Casilda Luna. (Otro silencio). —Bueno, me voy. Y desapareció en la espesura.

Temprano, al otro día, volvió Casilda. A pesar de que amanecía gloriosamente — silbidos, vuelos, luces, colores — sintió, por primera vez en su vida, una tremenda desolación en el playo. Dentro del sonoro canto de la naturaleza que despertaba había un extraño silencio. Ella no comprendió ese silencio pero lo sintió profundamente. El hombre se había ido.

Y pasaron los días. María José se levantaba a veces. Quedó arqueada, se quejaba permanentemente. Cruzó un invierno y una primavera más. Y cuando el nuevo verano empezó a hornear el rancherío se supo aquella noticia: el cabo Quinca había aparecido muerto en el camino. Se comentó bastante el caso en el Rincón. Mucha sangre en la tierra, un revólver con las balas picadas, el cabo con un ojo vaciado de un tiro. —Fué Pedro García —decía la gente. —Ese —hablaba el capitán— se le escabulló al cabo y dos milicos en el paso. Jué como cosa de brujería. Casilda lo vido pasar...

El capitán, en el 97 —ya hecha la paz— iba una tarde por Rincón de Medina. Se detuvo en un rancho, con hambre él y su caballo, y en ese rancho se quedó para siempre. La mujer que le ofreció techo fué suya. Ya había muerto hacía tiempo. El capitán quedó de dueño del rancho y llegó a hacerse medio caudillo allí. A veces cruzaba la calle, botella en mano, se encerraba en su cueva, tocaba la guitarra —que ella le había regalado— y cantaba. Cuando cantaba, Casilda se arrimaba a la puerta y se pasaba las horas escuchándolo. En ese nuevo verano le pidió un día que le enseñara a tocar y acompañarse. —¿Pa q querés cantar?, le interrogó el capitán. —Y qué sé... ¡Enséñeme, capitán! Y así fu que comenzaron los atardeceres de Rincó de Medina a encenderse con el canto d Casilda. Primero fué una música tímid balbuciente. Poco á poco la misma fué cr ciendo en fuerza y en pasión. Entonces C silda Luna fué Casilda Cantora.

Diez y siete años tenía cuando murió s madre. El rancho se llenó de vecinos. Co rrió la caña. El negro Sofío Menchaca toc el acordeón. Decía el capitán que cuand el negro tocaba en un baile el diablo l movía los dedos al negro; y cuando lo ha cía en un velorio era dios quien se lo galvaniza. Música de mandinga, que prien de fuego en la sangre y hace de los ojo brasas; por eso la mozada cuando repic bailando con la acordiona de Sofío se pon embrujada. Pero en un velatorio es alg fresco y suave como la hoja del camalote. Es como un consuelo. Lo hace lagrimear a uno, pero pa desahogarse. Ese negro debe haber firmao contrato con las dos juerzas: la del cielo y la del infierno.

Después que llevaron a María José quedaron en el rancho Casilda y el capitán. Este estaba estaqueado en una banqueta con asiento de cuero. Había bebido tanto que casi no se podía mover. Pero estaba despierto, firme, con los ojos fijos, mudo. Entonces Casilda tomó la guitarra —que el capitán le había dado— y empezó a cantar. Y eran 50 vecinos que estaban frente a la puerta estremecidos por aquella voz vibrante: un dolor intenso, desgarrador el que goteaba de aquel canto. El capitán la miraba pasmado. Cuando cesaron las palabras y la música, le preguntó: —¿Por qué cantás ansina? Y ella: —Porque murió mi madre... y por Pedro García. Y le contó el encuentro del paso.

Un mes después entró por el paso, de a caballo, un hombre. Avanzó por la única calle del rancherío, al trote. Se enfrentó al primer ser que allí vió y le preguntó: —¿Ande vive Casilda Luna? —¿Será Casilda Cantora? —Por Casilda Luna la busco. —En aquel rancho vive. Allí fué el hombre. Llamó y salió Casilda. —¿Usté es Casilda Luna? —Sí, señor. Apeóse el hombre. Le tendió la mano. —¿Cómo le va? —Bien, ¿y usté? —Del Brasil vengo. Por allá tengo un aparcero con el que trabajamos hace dos años. Se llama Pedro García... Empalideció Casilda. El hombre siguió: —No puede pasar por ahora. Pero me encargó que la viera y le dijera que la cuenta que le debe es cuenta que no se olvida. Que la espere... Y siguió hablando hasta que montó y se fué por donde había venido. Las últimas palabras de Casilda fueron: —Adiosito. Dígale nomás que aquí lo espero.

*

Y pasaron treinta años. Todos los ranchos de Rincón de Medina se volvieron taperas; pero todas las taperas volvieron a ser ranchos. Aquellos terrones grises y aquellas pajas bravas agonizaban periódicamente como los árboles y reverdecían como ellos. La vida y la muerte iban de la mano allí. Cuando alguno nacía era sin ruido; cuando moría alguno también era sin ruido. Sólo el acordeón de Sofío sacudía el corazón del rancherío; sólo el canto de Casilda lo estremecía. Pasaron tragedias y júbilos; tragedias y júbilos que en otro lado hubieran conmovido a un pueblo en el correr de interminables horas. Pero allí duraron un minuto. Rincón de Medina tenía su frontera invisible pero poderosa. La miseria, encendida de caña, reía con su boca sin dientes; y la fortuna lloraba con ojos vacíos. Los hombres salían de allí con el fin de traer algo para los estómagos; las mujeres hacían fuego, lavaban. Los niños afilaban alambres para cazar aperiases a chuza, y en el verano, en el playo, hacían relumbrar al sol sus inmensos vientres y sus huesos sin calcio.

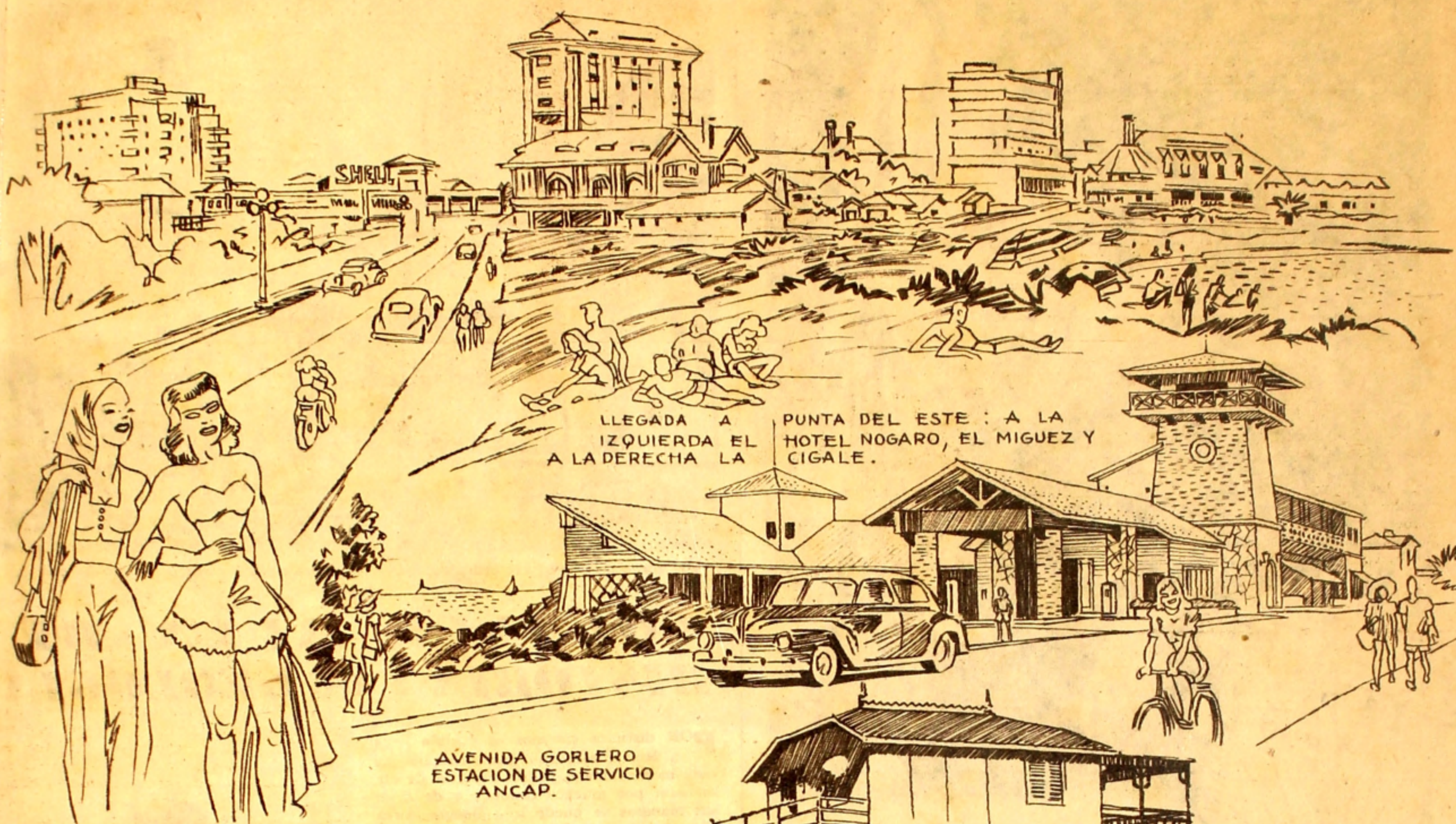
Y allá estaba Casilda, vieja, momificada por su esperanza. El capitán había muerto, Sofío había muerto. El rancherío se quedó sin su caudillo y sin su músico. Sólo ella quedaba. Su rancho también había envejecido. Pero sin esperanza. En su puerta Casilda se pasaba las horas, sentada en el suelo, sobre un cojinillo que su cuerpo había ennegrecido. Los ojos —único bien que había quedado de su belleza— estaban permanentemente clavados en el paso. Por allí aparecería él. Al anochecer, cansada de tanto mirar, tomaba la guitarra —con tres cuerdas ya— y cantaba. Y en aquel canto —fatal y doloroso— estaba toda el alma de Rincón de Medina: canto a un cosa que se espera siempre y no llega nunca...

José **MONEGAL**

(Especial para EL DIA).

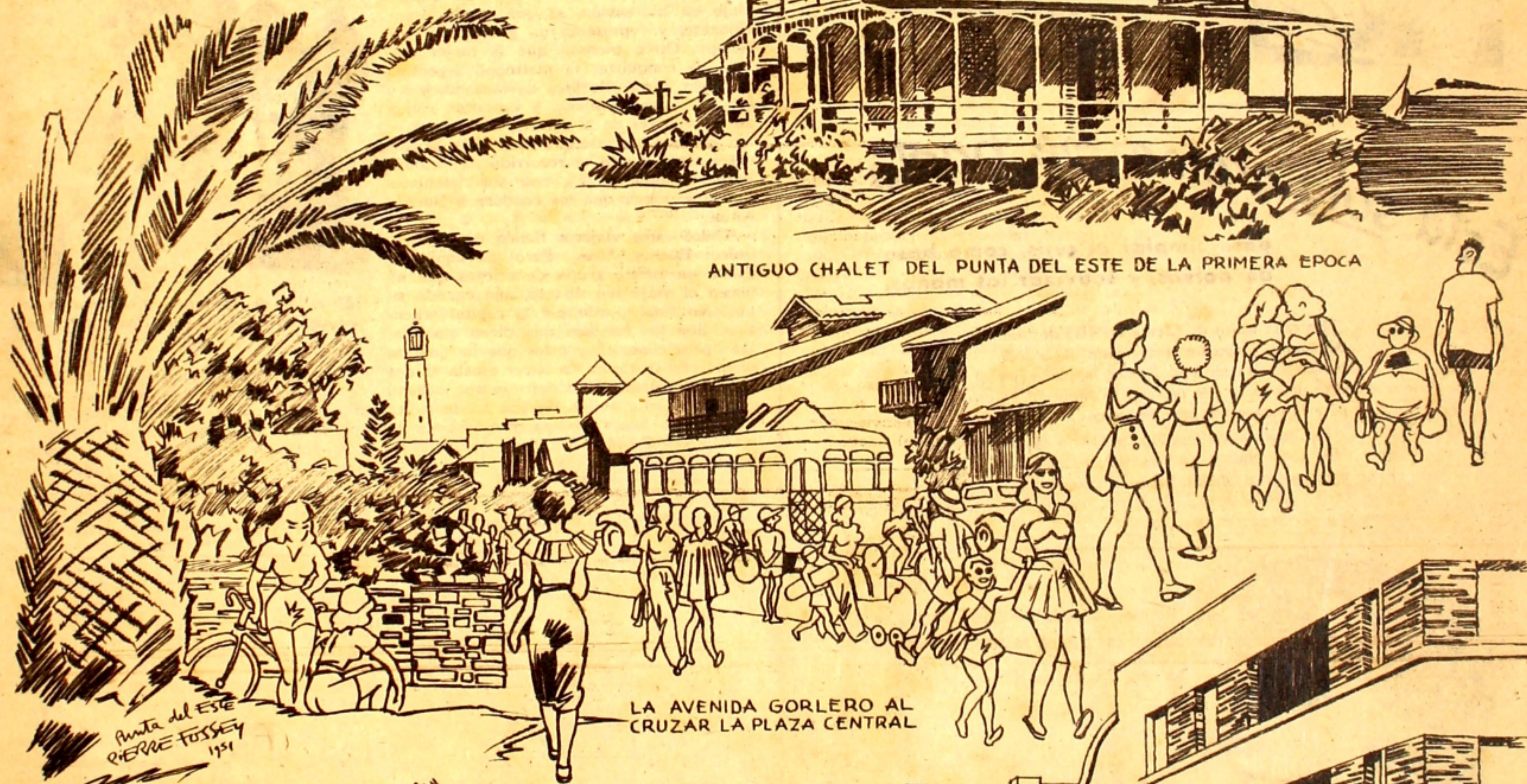
(Dibujo del autor).

PASEO POR PUNTA DEL ESTE (LA PENINSULA) Apuntes de PIERRE FOSSEY



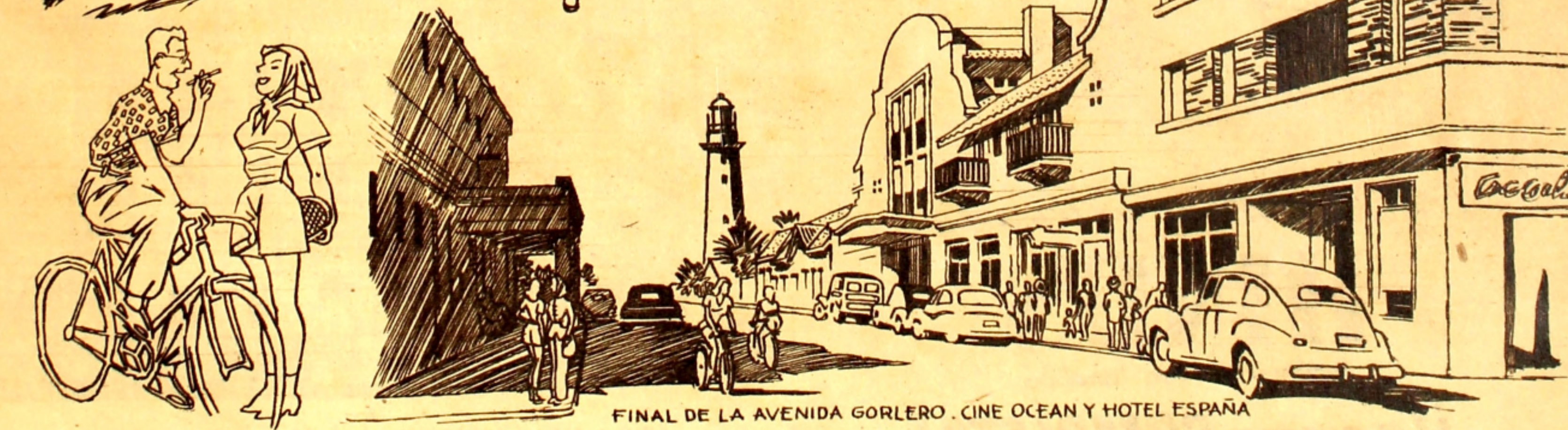
LLEGADA A PUNTA DEL ESTE: A LA IZQUIERDA EL HOTEL NOGARO, EL MIGUEZ Y A LA DERECHA LA CIGALE.

AVENIDA GORLERO ESTACION DE SERVICIO ANCAP.



ANTIGUO CHALET DEL PUNTA DEL ESTE DE LA PRIMERA EPOCA

LA AVENIDA GORLERO AL CRUZAR LA PLAZA CENTRAL



FINAL DE LA AVENIDA GORLERO. CINE OCEAN Y HOTEL ESPAÑA



En torno al Faro, reconstruído, ofrecen contraste las construcciones de diversas épocas.

COLONIA, AULA DE HISTORIA Y DE GEOLOGIA

POR distintos caminos es posible llegar a Roma, aforismo que cualquier turista montevideano podría expresar de otra manera: por muchos caminos y de diversas maneras se puede ir a Buenos Aires. Hay quienes prefieren hacer un rápido viaje en hidroavión, el que resulta emocionante, y representa un gran ahorro de tiempo. Otros piensan que la mejor manera de conquistar la metrópoli argentina es llegar hasta ella bien descansados y sin robarle horas al sueño, y entonces viajan en los vapores de la carrera. Además existen aquellos que declarándose más amigos del paisaje, hacen el recorrido en autobús hasta Colonia, y allí, casi sin detenerse, toman el vapor que los conduce a Buenos Aires.



El autor de esta nota examinando un esqueleto de Lestodon, fósil del pampeano.

Todos estos viajeros tienen un objetivo único: Buenos Aires. Pero he aquí que existe un cuarto grupo de ociosos que no hacen el viaje tan directo, aún cuando su objetivo final puede ser la capital argentina. Son los curiosos que dicen que viajan "para conocer" y otros que no quieren abandonar su tierra sin hacer escala en esa ciudad histórica, verdadero museo urbano que la transformación edilicia moderna no ha logrado hacer desaparecer, que es la ciudad de Colonia del Sacramento, cuya fundación data de 1680.

De este grupo de viajeros, algunos se llevan tal vez la impresión de que la ciudad histórica está rodeada por casuchas de piedra y techos de tejas, que habría que echar abajo, para reemplazarlas por una edificación más moderna y más confortable. Pero otros más cultos, que saben ver en cada pared de piedra, en cada techo de tejas y en cada verja la sombra de la tradición y de la historia y que sienten la emoción de los siglos perdidos en el abismo del tiempo, y que se quedan en la ciudad para hurgar en sus rincones más apartados tratando de descubrir algún precioso vestigio de la obra de los antiguos colonizadores, y para quienes toda la parte tradicional de la ciudad no es sino un vasto museo, cuyas construcciones más antiguas y más significativas debieran ser conservadas casi intactas, librándolas de las refacciones o de la destrucción, ven en Colonia no tan sólo una ciudad de pasaje o un puerto de embarque para Buenos Aires, rodeado de casas viejas y semiderruídas, sino una reliquia histórica que todos los uruguayos, y particularmente los profeso-



Palacio Municipal de Colonia, moderno y majestuoso edificio.



Restos fósiles que representan valiosas piezas para los estudiosos.



Fachada del museo de historia y ciencias naturales de Colonia.



Parte del cráneo de un Smilodon. Los caninos muy desarrollados debieron hacer temible al tigre pampeano de otras épocas.



Como esta espátula rosada muchas aves muy bien acondicionadas se exponen en el museo.

res y alumnos liceales y universitarios debieran conocer.

Y todavía dentro de la ciudad, que es hasta cierto punto un museo por sí misma, existe, ocupando un viejo edificio, un museo bien dotado y aún poco conocido, en el que se conservan valiosas piezas históricas correspondientes a la época del coloniaje ,aparte de documentos, mapas, etc. y una admirable colección de material arqueológico (raspadores, boleadoras, puntas de flecha, vasijas de barro, rompecabezas) que tiene innegable valor para el estudio de la vida y costumbres de los aborígenes que poblaron nuestro territorio. Pero lo que se destaca más es en esta colección, fuera de las aves, mamíferos, reptiles, mariposas, insectos ,etc., muy bien preparados y presentados en forma eficiente, es la multitud de piezas paleontológicas, que han atraído a muchos especialistas extranjeros y nacionales, que las han estudiado y clasificado en parte. Comprenden entre otras muestras un enorme esqueleto, casi completo, de Lestodon, un gran caparazón de gliptodonte, un cráneo de Smilodon, el antiguo tigre de las pampas, armado de poderosos caninos arqueados. Todos estos restos fósiles hacen revivir en la mente de quien visita el museo, los extraordinarios animales que poblaron nuestro continente antes que el hombre hiciera su aparición sobre el planeta, o cuando éste se hallaba aún en estado salvaje.

El actual director del museo, profesor B. Rebuffo, activísimo coleccionista y preparador, así como capacitado naturalista, nos relata la forma como llegó a reunirse el precioso material que hoy se expone al público, tarea en la que colaboraron numerosas personas; nos muestra una interesante maquette en madera que representa a Colonia del 1760, que ejecutaron alumnos liceales dirigidos por el Dr. C. Wettstein, y nos hace recorrer las diversas secciones del museo para darnos explicaciones sobre cada grupo de objetos expuestos. También nos habla de las dificultades económicas, sin perder la esperanza de que algún día queden solucionadas, para bien de la cultura del país. Con el director, que ama tanto la naturaleza como las piezas de su museo, recorremos entonces los alrededores de la ciudad rodeada de magníficos panoramas. Frente a la rada, se ven grupos de islas, entre las que se destaca la histórica de San Gabriel; al Norte las barrancas, escuela donde se aprende la forma cómo el oleaje impelido por el viento reduce gradualmente los dominios de la tierra; al Sureste, una gigantesca cantera de cuarcita con los bordes coronados por capas de subfósiles correspondientes a la trasgresión querandina, que revelan una elevación lenta de nuestro litoral en los últimos milenios. En la costa, un bosquecillo, donde árboles como el lapacho, muestran cómo las corrientes fluviales se encargan de diseminar las especies vegetales. Finalmente, el contraste de la ciudad moderna, de edificación multiforme, y de calles anchas frente a los barrios de estrechas callejas, donde las paredes de piedras y los techos de teja reavivan la historia haciendo llegar la emoción de los tiempos pretéritos.

Vale la pena pues que algunos turistas que viajan hacia Buenos Aires se detengan en Colonia. Y vale la pena también que nuestros profesores de historia, de geografía y de ciencias naturales, dejen alguna vez su oratoria brillante, y en el escenario mismo donde se desarrollaron los hechos históricos, dicten la clase más documentada y más provechosa de toda su carrera de docentes.

Jorge CHEBATAROFF.

(Fotografías del autor).

(Especial para EL DIA).



Viejas casas cubiertas con techos de tejas, y calles estrechas dominan en la parte tradicional de la ciudad.

PAR LAGERKVIST

PREMIO NOBEL DE LITERATURA 1951



LA Academia de Suecia ha otorgado los premios Nobel de 1951. De dos de ellos, el de literatura y el de la paz queremos ocuparnos en estas páginas. El primero le correspondió al sueco Par Lagerkvist y el segundo al sindicalista francés León Jouhaux. Dedicaremos breves comentarios a estas dos personalidades, la primera muy poco conocida fuera de su país y la segunda, llenando desde hace medio siglo, la crónica internacional de los problemas sociales. Nuestras cuartillas de hoy las dedicamos, con las limitaciones impuestas por el escaso conocimiento que poseemos de la obra del laureado, al novelista Par Lagerkvist. Pero antes dedicaremos unas líneas al fundador del premio y al premio en sí mismo.

ALFREDO NOBEL

Personalidad rara la de este sabio. Hombre de ciencia y de laboratorio, aparentemente daba la sensación de hostilidad al prójimo (sacamos los datos de un extracto del libro "Nobel, the man and his prizes", de la Academia de Ciencias de Suecia) Fué un solitario, melancólico, tocado de misantropía, célibe, que distribuía su tiempo entre negocios, investigaciones científicas y viajes. No tuvo hogar fijo, pues hizo residencia de muchos países. Sus permanencias en Suecia no eran de mucha duración. La calidad de su invento le obligaba a radicarse en los centros financieros del mundo. La muerte le sorprendió, a los 58 años, veraneando en San Remo, en 1896.

Se le conocían pocos amigos. Una prueba de su misantropía se demuestra en los párrafos de una carta a uno de sus raros amigos: "Créeme; sólo se consiguen amigos en cantidad entre los perros, alimentándolos de la carne de sus semejantes, o entre los versos que se alimentan de la nuestra... Estómagos y corazones agradecidos son gemelos". Se consideraba perseguido por los espíritus del Niflheim (infierno de la mitología nórdica) buscando la soledad de los bosques" entre los árboles y matorrales, amigos mudos". Esta misantropía, su reiterada soledad, parecían dar fuerza a su genio comercial, superior, sin duda alguna, a su genio inventivo. Y como muchos filántropos, su aparente sequedad no era sino el espejo opaco tras el cual se escondía un gran sentimiento humanista.

No obstante sus relaciones con el mundo de las finanzas, era un buen cultivador de la literatura. En su juventud, estudiante de ingeniería escribió poemas al estilo de Shelley, y las referencias críticas dicen que no eran mediocres. Cultivó también el teatro en sus últimos años. En 1895 escribió una comedia satírica imitando a Bernard Shaw, a quien parece desconocía. Poco antes de su muerte hizo imprimir privadamente una tragedia que tituló "La muerte de Cenci", recordando la "Beatriz Cenci", de Shelley. Sin embargo de estas aficiones, en su proyecto de testamento se olvidó de la literatura, pero reparó el olvido en la redacción definitiva del mismo, incluyéndola a la par de las actividades científicas. ¿Le dejaría mal sabor su fracaso en el mundo de las letras? Bien pudo ser que su imposibilidad de alcanzar fama literaria le obligara a pensar, que la literatura no es arte fácil, razón que obligaba a recordarse de ella, con el propósito de alentar a quienes, buscando la gloria con ritmo de verso o prosa, rara vez la alcanzan y suelen morir, casi siempre, no sólo en el olvido sino también en la miseria.

LOS LAUREADOS

El premio tienta en su doble aspecto económico y de fama. Parece dar una consagración definitiva creando algo así como una elite internacional del pensamiento. Sin embargo, podremos decir que, entre los agraciados, ni son todos los que están ni están todos los que son. Los académicos suecos encargados de elegir entre los muchos propuestos y los que ellos mismos proponen, se basan, naturalmente, según sus gustos y preferencias. Incluso preferencias nacionales. Por ejemplo: sin subestimar las literaturas sueca o noruega, o danesa, con tres premios Nobel cada una, parecerían haber alcanzado mayor relieve internacional que la literatura italiana o la rusa. En cierto sentido está justificada la preferencia por la literatura escandinava de la Universidad de Stockolmo. Si un investigador escandinavo millonario lega su fortuna para el fomento de las ciencias, las letras y el espíritu pacífico, natural es que los depositarios y otorgadores de tal honor tengan muy en cuenta a los compatriotas del filántropo. ¡Cuán diferente espectáculo ofrecen los rastacueros millonarios hispanoamericanos, enriquecidos con el trabajo de sus compatriotas, que derrochan millones en las playas de lujo de Europa sin dejar un vintén para el fomento de la cultura en sus respectivos países! Pero esto es salirse de la cuestión.

Es evidente que, de acuerdo con la voluntad testamentaria de Nobel, los académicos suecos den preferencia en sus juicios a la literatura idealista, si bien el idealismo varía según la época, como todas las manifestaciones del espíritu. Así es como se han quedado sin premio Nobel escritores como Andreiev, Gorki, Tolstoi, Zola, Ibsen, Pérez Galdós, Strindberg, Hardy, Valery, Rilke. Que hayan entrado en el correspondiente de literatura el historiador Teodoro Mommsen, el filósofo Bergson y el ensayista Russell, y que no lo hayan conseguido Croce, Simmel, Unamuno, Ortega y Gasset, Santayana, John Dewey, y en lo que se refiere a Uruguay, Rodó y Vaz Ferreira. Cierto es que los dieciocho académicos suecos no están obligados a conocerlo todo, pero tampoco sus elecciones son de conocimiento internacional.

El primer premio Nobel de literatura fué el que en 1900 se le concedió al francés Sully-Prudhomme, que ni era de los más representativos del mundo ni tampoco de Francia. La juventud literaria de Suecia protestó, pues suponía que, viviendo Tolstoi, éste era el más llamado para recibir el premio. Parece ser que la intención de los académicos de Suecia fué honrar a la Academia Francesa, modelo que sirvió para la fundación de la Academia sueca en el siglo XVIII. Y desde entonces, rara ha sido la elección por unanimidad. Ni los laureados han sido figuras que han alcanzado relieve internacional antes del laurel. Como en el caso del sueco Par Lagerkvist, el último de la serie.

PAR LAGERKVIST

De este premio Nobel sólo conocemos su novela "Barrabbas', edición francesa de 1950. Hasta entonces sólo había sido traducida al francés su novela "Nain" (Enano). Si esto sucedía en Francia, el país de más alta curiosidad literaria internacional, calculemos lo que habrá sucedido en los demás países. En español parece que se acaba de traducir "Barrabbas" en Buenos Aires. Puede afirmarse, que el premio ha sido una sorpresa, no sólo para el público lector de novelas sino para los mismos escritores y críticos. Esperemos que paulatinamente se vayan traduciendo todas sus obras, para que conozcamos un aspecto más de la literatura escandinava, tan rica en fuertes personalidades, como Strindberg e Ibsen.

El personaje Barrabbas, es el competidor de Jesús de Nazaret como sujeto de liberación. Los evangelios lo presentan como una criatura oscura, un vulgar cuanto siniestro salteador de caminos, preferido por la multitud con tal de ver condenado a Jesús. Pero el Barrabbas de Par Lagerkvist es mucho más complejo. En él se encierran las reacciones espirituales negativas y positivas de la salvación. Es liberado por la voluntad popular, pero él no quiere ser salvado. La liberación de los hombres no significa la salvación. La salvación está en el hombre mismo. ¿Y cómo salvarse si el reino de las tinieblas lo lleva el hombre en su conciencia, entre sombras? Par Lagerkvist evidencia un maravilloso conocimiento del alma humana con todas las contradicciones en las luchas del bien y el mal. Demuestra una gran influencia de su compatriota y maestro Strindberg, con quien siendo joven convivió en París.

Pero aunque Barrabbas no quiere ser salvado, no tendrá más remedio que salvarse, pues entre las tinieblas de su alma brilla la luz. Aquí vemos la influencia del clima protestante de la predestinación del hombre a la salvación. De la novela de Lagerkvist se desprende un aliento de confianza del hombre en sí mismo. La aventura de Barrabbas, aventura espiritual, a pesar de la libertad que le conceden los hombres, es considerarse indigno de salvación por la ponzoña de su alma, que en realidad es un drama que se extiende a la humanidad entera. El hombre de nuestro tiempo vive en ese mismo círculo de atracciones y repulsiones, en primer lugar el hombre europeo, amurallado de sufrimientos, torturado por la oposición íntima que siente entre su deseo de bien y la imposibilidad de alcanzarlo, rechazado por toda clase de contratiempos materiales y morales.

Por el abundamiento de estas cuestiones de plano espiritual, se desprende de "Barrabbas" una atmósfera kierkegardiana, algo de ese sentido angustioso, agónico que Unamuno desarrolló paralelamente al gran danés. No es, pues, la cuestión de la libertad del hombre lo que importa a Par Lagerkvist, sino la trascendente salvación escatológica del alma. No es tanto el drama del hombre lo que se desarrolla en la novela sino el drama del alma humana. Determinar aquí si cuerpo y alma son antagónicos, si puede haber salvación aislada de cada uno de ellos, nos llevaría a terminos críticos muy alejados del que nos hemos propuesto, el de presentar al nuevo Nobel a través de una sola de sus novelas, la única que conocemos.

"Barrabbas" es una gran novela por el tema y por la manufactura. Par Lagerkvist demuestra ser un hombre de letras, espíritu cultivado, que dice lo que quiere y lo dice bien, por su temperamento artístico. Caso contrario al de William Faulkner, Nobel de 1950. Cuando el autor de "Palmeras Salvajes" pasó por París y se le preguntó por sus gustos literarios, contestó que no era hombre de letras: "Soy un granjero que narra cuentos". La espontaneidad de Faulkner es premeditación en Lagerkvist. ¿Cuál de estas dos cualidades llega más directamente a la sensibilidad del lector?

Esperemos que alguna editorial se encargue de traducirnos algo de la obra de este laureado. La crítica lo presenta como poeta, cuentista novelista, ensayista y dramaturgo. Su "Barrabbas", se le considera como el fin de una aventura espiritual del propio autor, que ha experimentado el ardimento de la creación endemoniada y la serenidad de los claustros universitarios, desembocando en una serenidad panteista en la que se conjugan las empresas del hombre con su vuelo ascendente hacia la divinidad.

Pero ésto, que podrá ser la máxima aspiración de un escritor sueco, no es tan fácil lo sea para un escritor de otros climas europeos.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

(Especial para EL DIA).



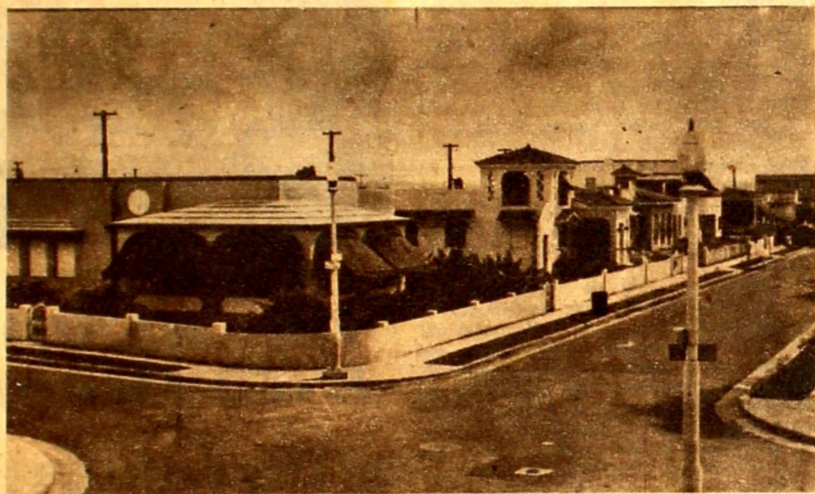
Hotel Caribe-Hilton, muy importante en el desarrollo de la industria turística, en San Juan, Puerto Rico.

CUADERNO DE BITACORA

LA ARQUITECTURA AMERICANA ES MULTIPLE

CADA vez que hablamos de arquitectura americana, se nos sube a los ojos la visión del plateresco, el barroco, el chu rrigueresco; y mencionamos al maravil'oso Herrera y el discípulo suyo que vino a construir la iglesia de San Francisco de Quito ;o a aquel Mateo de Alecio, discípulo de Miguel Angel y pintor de cámara del Papa Gregorio XIII, cuyo hijo nació en Lima; o a aquel catalán Noguera, experto en fontanas y en instrumentos de metal — y se nos abren alma y boca para decir nuestro laude en honor de unos dos siglos ya definitivamente vencidos, de los cuales todos queremos acordarnos, precisamente por las razones de Jorge Manrique, o sea porque no volverán. En efecto, el planteo es justo, o al menos, lógico o previsible. Un continente dominado por España y su beaterío virreinal, debe morar en viviendas al uso clerical; y si los alarifes mestizos y criollos, echan su cuarto a espadas en cuanto a inventiva, y algunos, como el célebre Condori, autor de la portada del templo de San Lázaro en Potosí, dejan su impronta, pues, albricias, señores, que ello significa el arraigo y traducción de lo hispano en nuestro mundo — mundillo hispano — quechua-nahua, chibcha parlante.

Mas, si bien miramos las cosas; si nos desprendemos de la costra de prejuicios con que nos inunda la historia; si nos atrevemos a sacar nuestra cabeza de la concha, y nos destortugamos vendremos a caer en que si América no es una, su arquitectura tampoco es una; y, dado el caso, empezamos a explicarnos los bahareques del Caribe, las casas de torta de Paraguay, los palacios de piedra de México; los de quincha y adobe, de Lima; las atalayas de Tucumán del litoral; las ventanas esquinadas



Intersección de la Urb. Baldrich de Hato Rey, en Río Piedras, Puerto Rico. (Foto cortesía del Gobierno de Puerto Rico).

de Charcas; los balcones tapados de Lima; los inmensos patios y empinados minaretes de Cuzco; el aire levantino de Guanajuato; la serena chatura de Bogotá; la rutina y fealdad de las viejas mansiones caraqueñas; el abigarramiento post-republicano de Panamá; las soleadas fortalezas de Cartagena, Habana y San Juan; y todo ello irá a parar, irremediablemente, en paralelos con lo de hogaño, ya que, aunque Cervantes se enfade con su célebre dicho, en los nidos de antaño, sí, sí mil veces sí, hay pájaros hogaño, pero de distinto pelaje a los de antaño.

Digo todo ésto porque vivo en el Caribe hace algunos meses, por no decir años, término impropio y ruborizante; y en el Caribe, todo, desde el tono del gobierno hasta lo que come la gente, es distinto a Sudamérica; y sus casas lucen una arquitectura sin estilo, pero con lógica ;imperando hogaño, la ventana estilo Miami, o sea, de celosías corredizas, en lugar de los vidrios y fanales con que nos llevaban agobiados los españoles de otros días.

Hace un cuarto de siglo — *or so*, como diría un yanqui — visité por primera vez a Curazao. Me produjo una impresión imborrable aquel conjunto de casitas de todos los colores del iris con techos de todas las formas imaginables, habitadas por individuos de todas las razas, todas las religiones, todos los idiomas, todos los vestidos. No era lo usual en mi América del Sur. Nuestras fórmulas eran diferentes. Nuestra arquitectura, consecuencia de nuestras particularidades, difería de las otras. Y héteme aquí, ahora, viviendo codo a codo, semana a semana, con los antillanos, los de la grande yl la pequeña Antilla, habitando sus casas, embriagado de su horizonte, febril de su paisaje y no puedo menos que confesar que todo es distinto, y que debemos comenzar a justipreciar tantas cosas para entenderros mejor.

La arquitectura caribe se distingue de la colonial, barroca, neoperuana o como la quieran apodar Noel, Guido, el Marqués de Terreros, Benavides, Belaunde, et sic de coeteris. Si América debe caracterizarse por el reverencial respeto al pasado, ésto no es América, o no es respeto. Las viejas casas portorriqueñas conservan cierto aire de zoco, y hasta se llaman Calles de Tetuán, la Marina, la Luna, el Sol, la Cruz, la Estrella, San Justo, Fortaleza, Dos Hermanos, etc. Callejuelas enrevesadas de plaza fuerte amenazada constantemente por piratas, habitada por marineros, soldados, y comerciantes. Pero, más allá de eso, la ciudad revienta en mansiones que abolieron los vidrios de las ventanas: casi las paredes de las casas, reemplazadas por persianas inmensas; que no conocen la alfombra y detestan la cortina; de puertas abiertas y con la gente toda volcada sobre la calle. Son casas de estilo norteamericano, pero también español; pero el sol y el calor han obligado a una traducción análoga a la que fuerza a los individuos a hablar con la boca abierta, en contraste con ese idioma de boca apretada, característico de nuestros indios.

No abundan los jardines, pero hay un jardín ubícuo en todo el país. Nadie necesita gastar en jardinero, porque el sol y la lluvia ofician de tales. Los pintores dejan ociosos sus pinceles, porque el sol y el mar se meten por todas partes, en insolente invasión inesperada.

Las casas tratan de acabar con todo lo complicado, cual las gentes, adictas a lo directo, aunque no a lo inmediato, puesto que aquello evita complicaciones, mientras que ésto requiere urgencias, acecidos y acaloramientos.

El hotel más importante de la isla de Puerto Rico tiene cada habitación con balcón al mar. Tantas ventanas hay en su fachada que resulta a primera vista enojoso, mas, luego, vista y paisaje se concíertan.

Las casas de pobres y ricos no se recatan del vecindario. Son hechas para que todo el mundo entre y salga; la gente y el calor, el viento y la lluvia, las pasiones y los prejuicios.

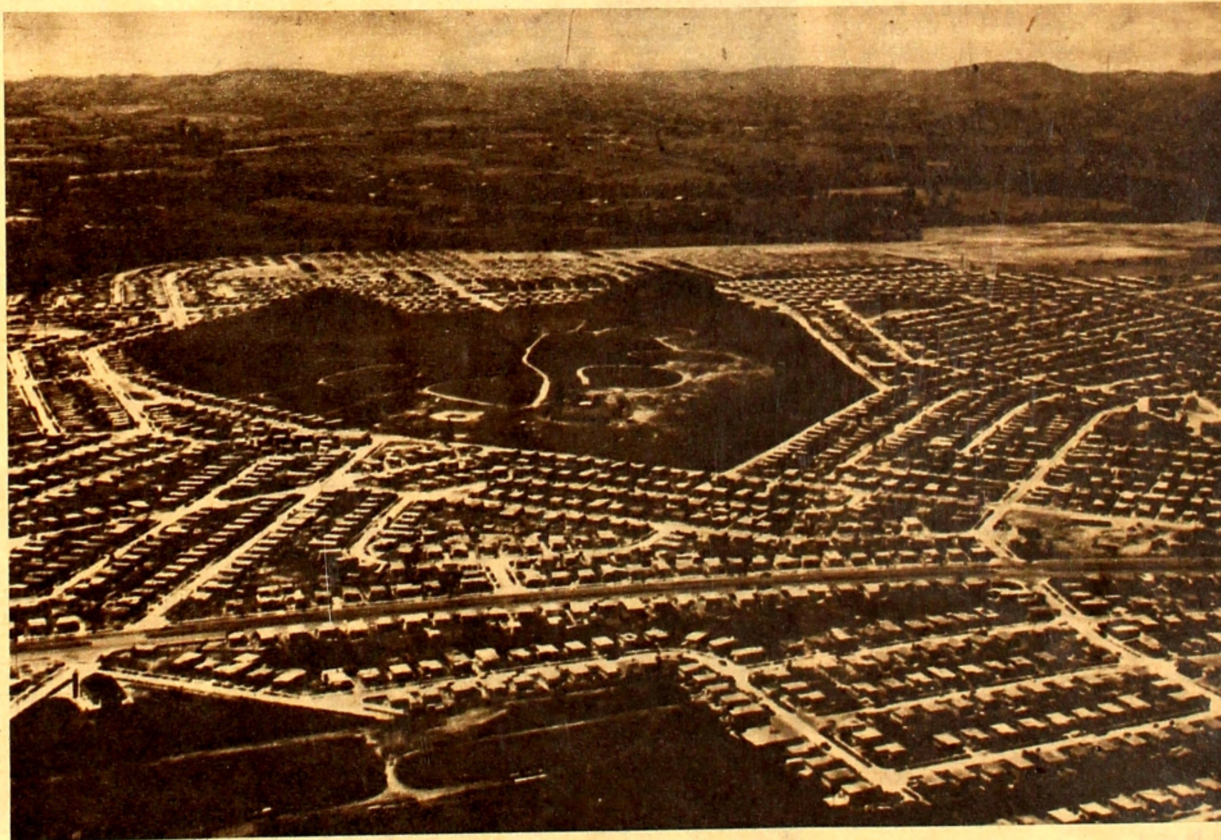
Bella tierra de sol, trópico intenso, bendición del mar y el cielo, han creado una vida sin pompas, de la cual brota su arquitectura. Cierto que en Habana abundan los palacetes; mas ellos por lo general traducen dineros adquiridos con presteza corsaria y arquitectura y modos también de corsarios, o de foráneos, que eso es Miami para todo hispano-parlante.

Yo, confieso, conservo en mi retina la impresión de una América solemne y sombría; guardo en mi imaginación la idea de un mundo de procesiones y virreyes; este mundo Caribe me desconcierta. Y como hegeliano fiel, creo que la arquitectura resume todas las artes y ciencias existentes, de donde, puesto a mirar y comparar, caigo en inevitables pasmos y me lanzo a un piélago de paralelos de los cuales sale a maltraer mi erudición, y a peor llevar mi sensibilidad. Y como cada día es una esperanza para poder cazar la de hoy, traigo aquí mi confidencia

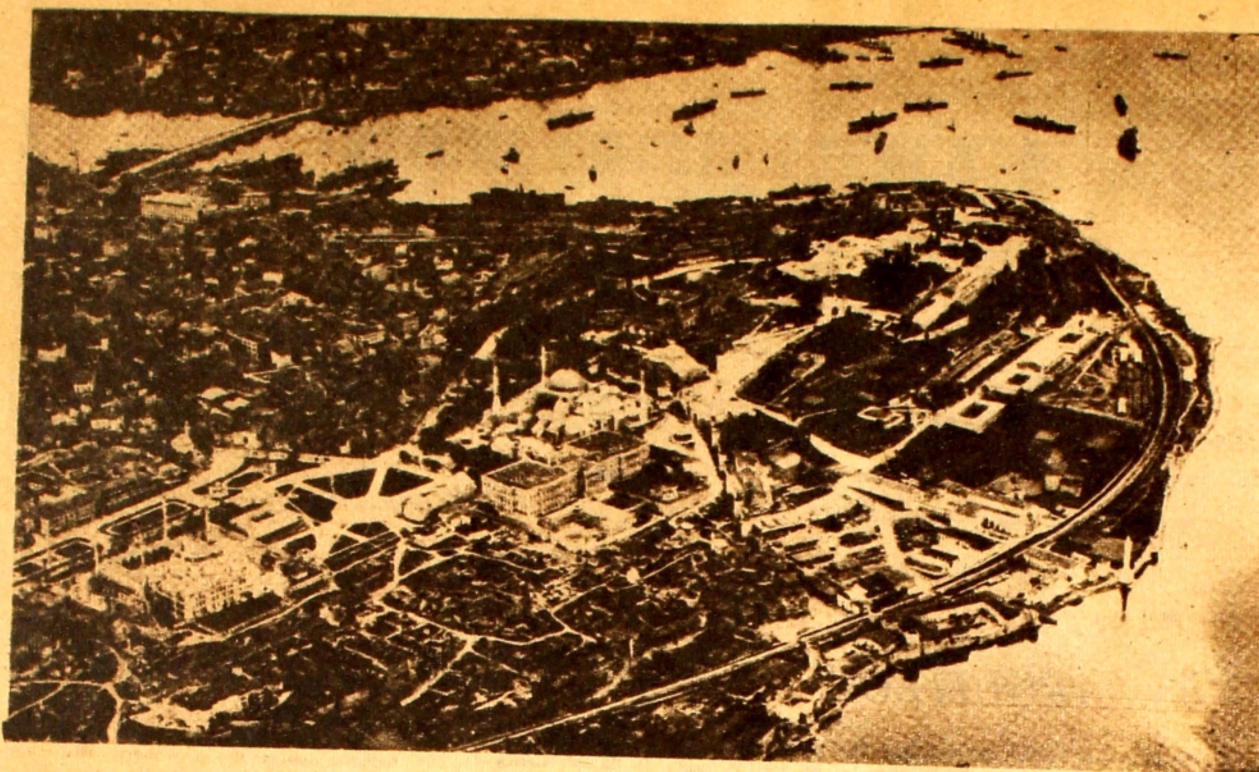
Luis Alberto SANCHEZ.

Puerto Rico, 1951

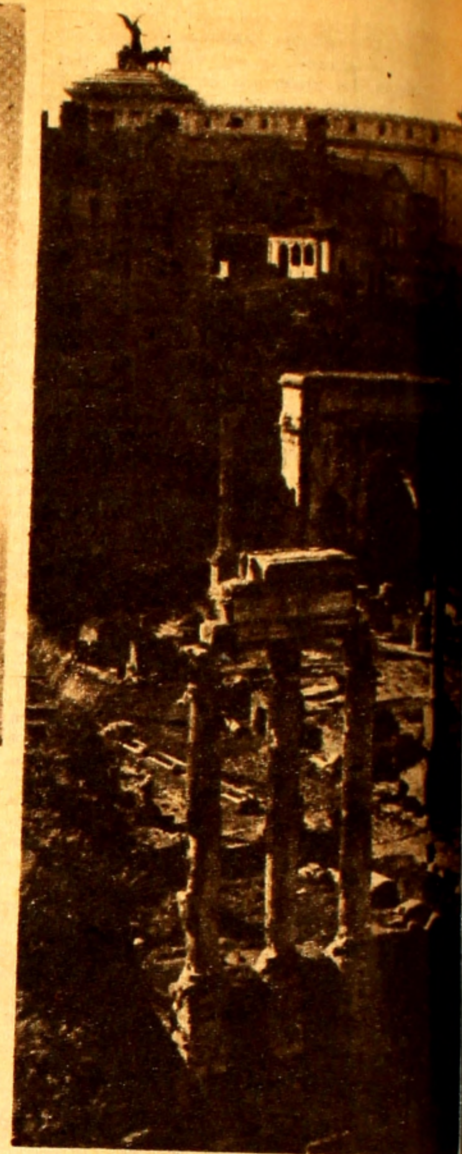
(Especial para EL DIA).



Vista aérea de Puerto Nuevo, en Río Piedras, Puerto Rico. Puerto Nuevo está considerada como la urbanización de viviendas individuales más grande del mundo.



Polvo de Bizancio: Constantinopla y Santa Sofía.



Templo de Castor, Arco de Septimio Seve

DE RESIDU
ESTA IMPREG

IMPERIOS de Egipto, de Asiria, de Babilonia, de los Persas, de Alejandro, de los Césares, de Carlomagno, de Gengis-Khan, de los Sultanes, de los Habsburgo, de Napoleón, de Hitler... Se suman los milenarios, columnas cerradas de sumandos que nadie pudo nunca totalizar. E imperios enormes nacen a intervalos regulares y ponen un continente al pie de un conquistador. Sistemas solares y gestación de mundos alrededor de verdaderas nebulosas, infinitamente variables el origen y la primera fuerza. Una civilización distinta, o una contra-civilización, en el seno de cada imperio. Y el Estado-monstruo. Lenguas y pueblos diversos en la masa del Estado; sometidos, aliados o vasallos. ¡Para la eternidad, cada sistema solar, un continente al pie! ¿Qué creador de imperios no soñó la eternidad del suyo en lo infinitamente variable de la nebulosa-madre? Y son catarata, sin embargo, los milenarios. Y agua los imperios que roca abajo descienden. ¡Todos! De residuos imperiales está impregnada la tierra. Y sigue impregnándose de imperios que serán residuo. Porque ahora mismo se acerca uno al anti-imperio, a esta Asamblea de las Naciones Unidas, en París deliberante (para ser anti-imperio nacida, y será la negación del imperio, o nada), y en su mecanismo encuentra la arena que vierte el Gran Imperio de Oriente, el de hoy: la U.R.S.S. Pero, en realidad, ¿qué puede hacer un imperio (aspiración ecuménica) en una Asamblea de Naciones, negación de sí mismo, Gengis-Khan en Chaillot, o Solimán, o el último de los teutones provisional dominador de Europa? ¿No consiste precisamente su misión en paralizar ese mecanismo de las naciones insumisas, anti-suyo en todo tiempo? ¿Es posible el federalismo mundial de las Naciones Unidas cuando la substantiva negación federalista en su propio seno vive? Fatalmente piensa uno en la suma de los imperios muertos. Porque está toda la esperanza en la luz de ese pensamiento. ¿Puede pasar inadvertido el hecho de que las naciones libres ahora mismo se agrupen y es común defensa el grupo y no organización mundial? Y ¿hay otro drama en la Asamblea de las Naciones Unidas, y en sus flecos, que no esté en aquella actual trasposición del caballo troyano y en esta necesidad de la defensa en grupo, que fatal se hace, pero el federalismo mundial niega?

Reunida apenas la Asamblea de las Naciones Unidas en París, inevitablemente se pregunta uno, si un instrumento director del mundo se instaló en el Palacio de Chaillot, o si es pantalla no más de proyecciones que registra y refleja la dispersión del mundo. Precisamente su negación. Si es diálogo de hombres responsables del hombre (y de su destino), o disputa de poderes hostiles e irresponsables. Balanza que pesa y equilibra, o trampolín de propagandistas. Porque observa uno, y oye, y a su manera examina, esta Asamblea, en París reunida, espectador ingenuo y al secreto de los dioses ajenos, y encuentra la pantalla que refleja, la disputa, el trampolín. Ni instrumento dirigente ni diálogo ni balanza.

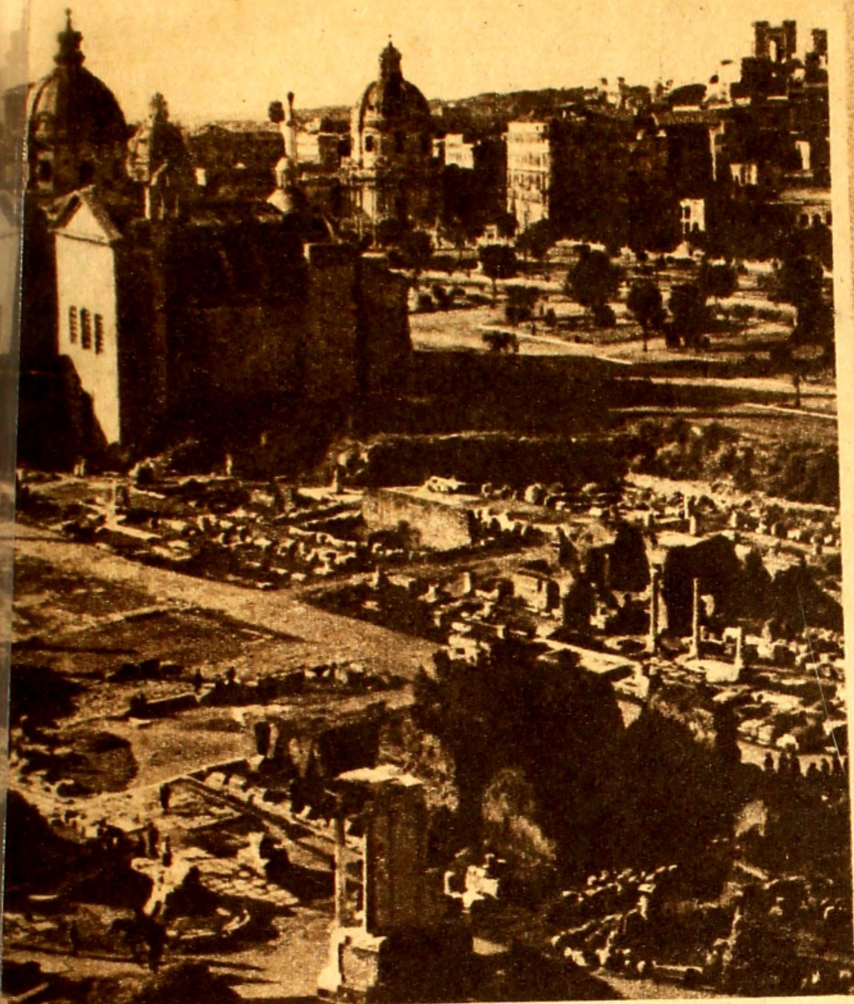
La dispersión del mundo. Cierto. Y no quiere decirse que ahora la descubra uno, en las salas del Palacio de Chaillot, con sorpresas de paso nuevo. Ni que oyendo a los hombres, nuevos odios descubra. ¿La quiebra de la tierra dividida (más que nunca), el Gran Imperio de Oriente (con corte de sometidos, de aliados y de vasallos), la desconfianza, el miedo, la sospecha, el acecho, los misterios de la intención ajena, el lenguaje endurecido y agresivo, y el insulto más que homérico? Desde hace ya cinco años recorre uno ese mundo. Y lo conoce. Desgraciadamente. Pero, ahora, en Chaillot, ante esta pantalla de proyecciones inserta en una Asamblea, tiene la sensación del viajero a quien le ofrecen de pronto, en el conjunto de un film (uno sólo) las imágenes diversas de tierras innumerables ya conocidas y vistas. Porque cinco años hace, o dos años, o diez, por tales tierras anduvo, o recorrió tales otras. Y conserva la memoria, con la sensibilidad impresa, y la retina, la imagen dispersa y múltiple de cuanto vió y comprendió. O intuyó nada más. Y el film que en la pantalla de Chaillot ahora encuentra, con una sola imagen le trasmite, y simultáneo le ofrece, cuanto disperso estaba en la memoria y en los cinco años de este viaje recogió la retina, o la sensibildiad retuvo. ¿La pantalla? ¿El "film digest"? Este microcosmos expresivo que se llama Asamblea de las Naciones Unidas. El mundo en cincuenta metros. Cronometrado. Cinco años de desconfianzas, de miedo, de acecho, de misterios, de inquietudes, de insultos y de guerra subterránea, o de guerra verdadera, en los límites de un minuto. Tomás Kempis decía: "Todos los hombres desean la paz. Son muy pocos los hombres dispuestos a desear (y menos aún a hacer) lo que conduce a la paz". Y aunque ingenuo parezca, ve uno pasar esa flecha de Tomás Kempis por la sala de Chaillot.

¡Maravillosa caja de resonancia esta Asamblea de las Naciones Unidas! ¡Cómo resuena aquí dentro, y se condensa, el clamor que diluyen afuera los espacios del mundo! El trampolín de propagandistas. Cuando un comunista habla de paz (donde sea: en Europa, en Asia, en África, en América) la experiencia enseña que en la paz no piensa. En la paz de "los otros", desde luego. Ni piensa en el desarme, cuando de desarme habla. En desarmar piensa, cierto, pero... a su adversario. ¡Vía libre al propio imperio! Y en la prisión, para quien no acepta su dogma, cuando habla de libertad. Porque el dogma es eso. Y en los países donde a los unos se suprime para hacer la felicidad de los otros, muy fácil es que le pongan a uno entre esos "otros". De la voluntad del pueblo habla un comunista (donde sea), y en la voluntad del partido comunista piensa. De quienes al partido comunista manden. Mientras lo manden. Y en el monopolio de las elecciones, de la prensa, de las reuniones políticas "suyas", cuando habla de democracia. Para sí mismo el derecho, y los derechos, que al adversario se niegan. Tan pronto como es posible negarlos, en la mano el poder. Y ¿puede invocarse la paz con el lenguaje del odio? Porque lanza sus ejércitos un Mao-Tse-Tung a la conquista de China y su victoria aclaman los "partidarios de la paz". Y su guerra hasta el fin. Como si fuera posible conjugar paz y partidismo. Ocupan los ejércitos del Gran Imperio de Oriente una región finlandesa, o Lituania, Letonia, Estonia, media tierra polaca, regiones checas, húngaras, entran en Grecia guerrilleros en armas, invaden los coreanos del norte la Corea del sur, se intenta el asalto armado a la Indochina... Todo esto es "la paz". Se pondrían en marcha mañana los ejércitos del Gran Imperio de Oriente hacia el Oeste, para responder a una "provocación", o para anticiparse a los "preparativos bélicos" de Occidente... y serían "la paz que avanza". El dogma de Moscú es la paz aun cuando hace la guerra. Los pueblos libres son la guerra aun cuando vivan en paz. El mayor ejército del mundo, en el misterio de Oriente encerrado, es la paz. El primer esfuerzo militar de Occidente, a vista de todo el mundo, es la agresión en potencia. ¿Cómo puede extrañar que cambie la paz de contenido al ritmo de las variantes políticas del Gran Imperio de Oriente? En nombre de la paz firmó su pacto em[illegible]so con la Alemania de Hitler. En 1939. Para que hiciera su guerra en Occidente sin inquietud a la espalda. ¿Algo acaso más pa-

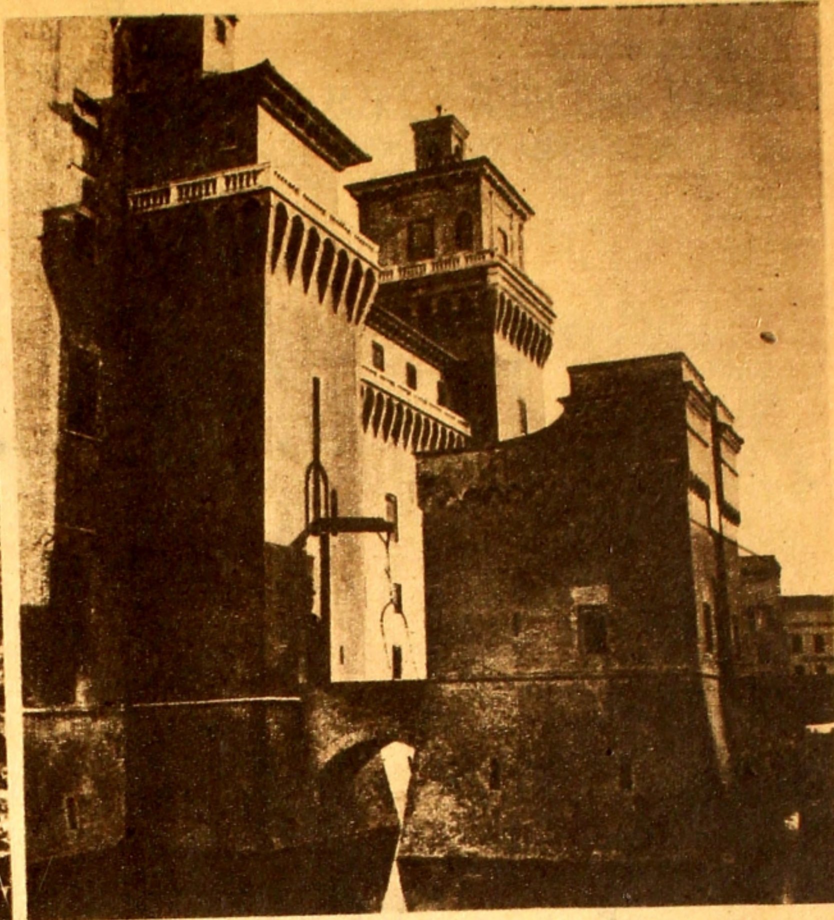


El Carlos V todavía feroz, del Ticiano. Cerca ya de Yuste, sin embargo.

Toda



…esta, Mercado de Trajano, Basílica Emilia, en el Foro romano… Polvo de imperio.



¿En Kremlim? No. El castillo de Ferrara, su modelo. Pieza ya de museo nada más.

…IMPERIALES …DA LA TIERRA



…erza altiva de Julio César, en este mármol del Museo Vaticano. Polvo la obra.

…cífico que un buen pacto de amistad? Y hubo guerra contra el monstruo teutónico... porque el monstruo insaciable atacó. En nombre de la paz fué atacada Finlandia… para impedir que Finlandia atacase las fronteras del Gran Imperio de Oriente. ¿Había en Finlandia tres millones de hombres y 200 millones en el Gran Imperio? ¿Qué importa, si los tres millones eran la guerra y la agresión, y eran la paz agredida los 200 millones? En nombre de la paz todavía practicábarse sabotages en Francia y en Inglaterra "imperialismos en lucha" con el amigo alemán. ¿Algo más pacífico que la oposición abierta a operaciones de guerra? En nombre de la paz conserva el Gran Imperio de Oriente, desde 1945, el primer ejército del mundo. Hasta el límite de la inocencia desarmaba el Occidente. ¿No importa acaso defender la paz contra un "enemigo agresor" que en vértigo desarmaba? En nombre de la paz se denuncia el armamento americano y el bien tímido armamento de la Europa occidental. Y sus pactos. En cuanto anuncian todos ellos "una voluntad de guerra". De ataque… a quien no desarmó jamás. Cuando tal vocabulario, y tan elástico, en defensa de la paz se emplea, ¿quién no advierte cómo es posible alarmar y aun incendiar el mundo, o a sangre y fuego entrar en él… para defender la paz? ¿Hizo acaso Hitler otra cosa? ¿Algo anunció que no fuese la defensa de "su Alemania pacífica" por todos amenazada? No llegó a bautizar, sin embargo "Congreso de la Paz" los epilépticos congresos de Nuremberg. Y todo este clamor, toda esta inconsecuencia, toda esta turbiedad con ropaje dogmático, que afuera diluyen los espacios del mundo. ¡cómo resuena en el minuto y en los cincuenta metros de Chaillot, sin que disfrazarlos pueda, ni encubrirlos, la mejor máscara! Para algo vale ya esta caja de resonancia de las Naciones Unidas si para más útil menester no fuese apta. Porque anuncia contradicciones el clamor que aquí resuena. Y enfermedad de los fuertes es toda contradicción.

Guerra subterránea, o guerra abierta. En Chaillot está su imagen viva. Frente a frente, y sin equívoco, el mundo totalitario, cerrado como una fortaleza, y las "sociedades abiertas". Aquellas en que aún se puede entrar, o libremente salir. Distinto hasta el valor de las palabras. Y advierte uno en seguida, aquí, de qué manera esta guerra psicológica de Chaillot, como "la otra", es lucha en una sola dirección: la hace el imperio totalitario y cerrado; la padecen las sociedades abiertas. La guerra militar estalla en cualquier parte del globo y sólo entonces las sociedades abiertas aceptan el desafío: Indochina, Grecia, Corea. En el fondo de la guerra psicológica, trama en cuyas mallas la historia actual hace camino, siempre un campo de lucha, y en tal campo, sociedades abiertas que reciben golpes. Y no pretenden los hombres que dirigen esta guerra psicológica destruir solamente al adversario en cuanto fuerza organizada. A tomarle aspiran todas sus razones de vivir y de esperar. Y para lograrlo, sitemáticamente explotan las contradicciones del adversario.

¿No aparece a cada contradicción de las sociedades abiertas, un modo de acción distinto en el Gran Imperio de Oriente? El patriotismo hoy, la democracia luego, la libertad después, la paz al fin. ¿Las sociedades abiertas ante esta constante acción? Precisamente hasta ahora hicieron lo que no debía hacerse: dejar en cada caso al adversario la ventaja plena de su iniciativa libre. Y en Chaillot, ahora, comienza a cambiar de mano el poder de la iniciativa. Porque sus contradicciones tienen las sociedades abiertas (¡cuántas!) y las explota el imperio fortificado y cerrado. Pero, ¿no las tiene también, y mayores, el Gran Imperio de Oriente?

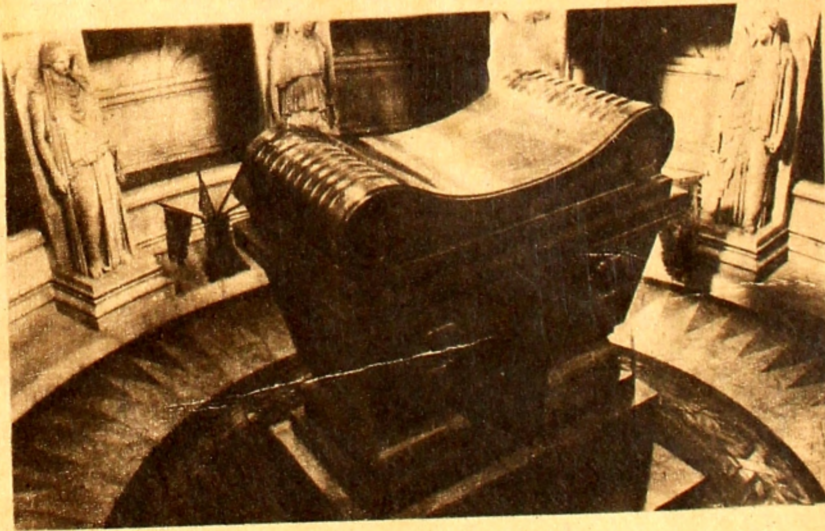
Grita y su pupitre tunde quien la voz del Gran Imperio lleva en la sala de Chaillot. Y no es cierto que en la mayor voz esté la fuerza mayor. Hay un algo que internas debilidades sugiere en el hombre cuya voz truena. ¡Debilidades! Piensa uno, oyendo esta gran voz, en su Imperio de Oriente y en el emperador que hace elecciones y el noventa y nueve por ciento de los votos recibe. Y ¿si hay voluntad unánime, para qué la tiranía? Y ¿por qué la tiranía si unánime está la voluntad pública detrás de su emperador? ¡Los imperios que son agua y roca abajo se diluyen! ¿Para qué las contradicciones cuando se está en la verdad?

Cierto. Hay un drama en las Naciones Unidas: el drama de nuestro mundo. Inmenso. Pero hay algo, sin embargo (lo que no se ve y se siente, se respira y no se toca) en las salas de Chaillot… ¿Anuncio de mejor tiempo? Menos aún, pero anuncio, Jamás sintió uno como ahora, en este microcosmos expresivo que se llama Asamblea de las Naciones Unidas, mundo en cincuenta metros límite de un minuto, cómo anuncian debilidades internas el clamor, las inconsecuencias, las turbiedades con ropaje de dogma, que afuera diluyen los espacios del mundo, y resuenan en Chaillot. Problemas militares, políticos, sociales, económicos. Ciertamente. Y ese algo impalpable, substancia de la vida, auténtico motor del imperio que nace. Y del que muere. ¡De residuos imperiales está impregnada la tierra!

J. B. TOLEDO.

París, 1951.

(Especial para EL DIA).



En la tumba de los Inválidos, Napoleón y un imperio.



Salón de lectura, refugio de estudiosos.

ITINERARIO DE CUBA

EL ARCHIVO NACIONAL

ALGUIEN dijo que la civilización descansa sobre la base más frágil: el papel. Si la expresión no es exacta tiene mucho de verdad porque si el papel desapareciera, ¿qué constancia quedaría de la marcha ascendente de la humanidad? Apenas la tradición, deformándose, iría de generación en generación como olas de un Mar Muerto. La mirada quedaría suspensa entre cielo y tierra en inútil búsqueda del documento. De ahí la importancia de las bibliotecas, de las hemerotecas, de los archivos.

Para nuestra América — el continente en el tercer día de la creación como afirma el Conde de Keyserling en su análisis espectral de nuestras tierras — el archivo es la columna vertebral de la Historia. Actas de fundación de ciudades, proclamas independentistas, copiosa correspondencia entre los rebeldes, órdenes de los mandones, documentos oficiales de una y otra parte: todo un mundo de papel en cuyo caos nace un nuevo día. Si no hubiera la red de un archivo para juntar y conservar esa pesca de siglos, ¡qué maremagnum en las conclusiones de los estudiosos, qué laberinto para los transeuntes del pretérito!

Durante muchos años en Cuba sufrimos una situación así. Oficios y escrituras, memoriales y periódicos se acumulaban desordenadamente, como si aquello no fuera el testimonio de una época y la raíz de posibles reclamaciones o rectificaciones futuras. La administración pública vivía al día, más atenta a evitar que se filtrara el rumor de afuera que a organizar el status colonial. La investigación andaba a salto de mata, más como obra de adivinos que como resultado de celoso cotejo. Al fin, un día hubo un poco de sol para el informe amontonamiento de datos. En 1939...

Por aquellos años el Intendente Martínez de Pinillos se afanaba por situar La Habana en el rango de digna capital de una isla importantísima en las relaciones internacionales. Cuba, ávidamente codiciada por varias potencias europeas y mirada con ojos de no muy buena vecindad por los del Norte, era una posesión clave para el poderío español, ya desgarrado por la conmoción política que dejó un semillero de repúblicas desde el Bravo al Magallanes. No era lógico que sus ojos pasaran descuidados sobre ese tesoro en trance de irremediable pérdida. Sus gestiones en 1939 lograron que la Junta Superior Directiva de Real Hacienda aprobara un proyecto para recopilar y ordenar "los papeles y documentos existentes y los que se vayan produciendo sucesivamente". Así aquel mundo, hasta entonces abandonado en la antigua Factoría de Tabacos, pasó a ser la primera manifestación de nuestro interés por esas cosas. Bajo el sugestivo título de "Archivo General de la Real Hacienda" se agruparon diversos fondos procedentes de las distintas regiones de Cuba. El 28 de enero de 1840, trece años antes del nacimiento del cubano cuyo nombre iba a eternizarse en millones de páginas, dió comienzo a la vida de la entidad.

Fué, naturalmente, una vida lánguida porque la Metrópoli tenía más interés en sofocar las llamaradas que encendían el horizonte de la isla que en cuidar papeles por mucha trascendencia que éstos tuvieren para fijar la verdad de los hechos. Con el inicio de los movimientos separatistas aumenta de un modo considerable el número de legajos que se suma al Archivo General. Causas por infidencia, delaciones, juicios sumarios, fusilamientos: todo pasa al tesoro común. Un día serviría para escribir la historia de la patria...

Entre tanto otros acontecimientos sumaban inapreciables documentos. Al retirarse los españoles de la Louisiana primero y de la Florida después habían trasladado muchos de los papeles referentes a esas fundaciones. Ahora bien, no siempre la resaca política traía material para enriquecer el archivo. A veces inconsultas medidas de gobierno sustraían documentos u ordenaban su traslado a Simancas. Así, más de un legajo se perdió para nuestros estudiosos. Y lo peor es que muchos de esos papeles no han sido útiles en su nuevo centro. Más de un historiador cubano ha visto, selladas aún a principios del siglo XX, varias cajas contentivas de esos antecedentes coloniales.

Con el alborear de la República, la suerte del archivo mejoró un poco; pero muy lejos todavía de lo que debe ser un foco de esa naturaleza. El cambio de banderas, primero de la española a la norteamericana y luego de ésta a la de la estrella solitaria, se reflejó también en el nombre y organización del archivo. Se puso más atención en la clasificación de legajos y eminentes figuras cubanas especializadas en la Historia, asumieron la dirección del mismo.

A pesar de la buena voluntad de los primeros gobernantes, más de un revés trastornó la marcha del archivo. Nuestra primera guerra civil, en 1906, estuvo a punto de acabar con el precioso patrimonio. Sujeta la capital a medidas militares, una orden drástica dispuso el inmediato traslado de aquellos fondos a un local menos necesario a los fines castrenses. Y del viejo Castillo de la Fuerza, donde había encontrado cierto refugio de paz, fué llevado en vilo a otro local inapropiado, el antiguo cuartel de infantería. Aquello se hizo en una lamentable confusión. Fué el golpe más rudo que recibió el archivo. En carros de limpieza de calles, a la carrera como si se tratara de objetos inservibles, comenzó el éxodo de papeles. ¿Cuántos desaparecieron? ¿Cuántos quedaron en condiciones de servir?

A través de cuarenta años sólo una paciencia benedictina podía organizar y adaptar a un método tanta riqueza histórica. Hombres responsables, los primeros directores cubanos pusieron un creciente empeño en hacer del archivo no un vasto arsenal de papeles sino un orgasnimo de fecunda función ciudadana. El elogio corresponde, en grado alto, a un cubano de manos limpias y brillante ejecutoria, el Capitán Joaquín Llaverías, actual Director.

Apenas había regresado de la manigua

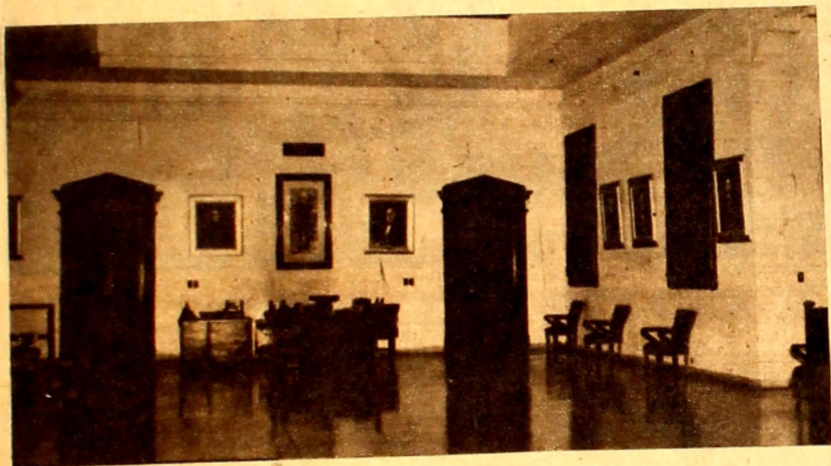
rebde, al cerrarse las hostilidades en 189, ingresó como empleado en el archivo. Se consustanció con todos sus problemas, trazó normas de trabajo, dió un sentido trascendente a la disciplina, investigó, publicó, reformó. Cuando la dirección quedó vacante, nadie podía discutirle el derecho a ocupar ese cargo. Y, desde entonces... no puede ser escrita la Historia del Archivo Nacional sin mencionar con relieves singulares el nombre de este hombre. Parodiando la expresión de Unamuno, podríamos decir de él: Nada más que un archivo. Le ha consagrado una constante dedicación, un infatigable ver y prever. Durante muchos años acarició el sueño del edificio ad hoc y abogó porque la República diese a sus papeles el prestigio del marco necesario. Un día, en 1942 una ley del doctor Emeterio S. Santovenia, historiador eminente entonces senador, propició aquéllo. Fué una lucha ardua. Fué un trasiego de trámites. Al fin, en setiembre de 1944, el Presidente Batista tuvo la gloria de declarar oficialmente inaugurado el nuevo edificio del Archivo Nacional de Cuba.

Visitarlo es un goce. Recorrerlo es un orgullo. Compararlo es un motivo de satisfacción. Acabamos de hacerlo en la amable compañía de su Director y nos llevamos la impresión de haber visitado uno de esos sitios excepcionales, marcados por una cultura acendrada en alambiques de siglos.

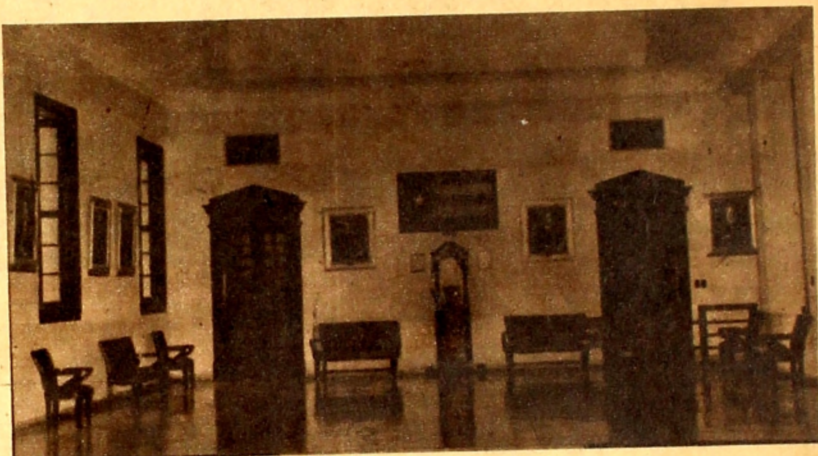
Al entrar sorprenden la limpieza y el orden que presiden todas sus actividades. La puerta principal da acceso al Salón Martí, espléndido paraninfo de sesiones académicas. En el testero principal, José Martí señala rumbos. Es el famoso retrato de Jamaica, el que mejor destaca la apostólica imagen. Oleos de historiadores, vinculados a la vida del Archivo, constituyen



Exterior del edificio del Archivo Nacional.



Aspecto del Salón Martí.



Otro aspecto del

una valiosa galería. A la izquierda, un pequeño museo.

Allí se guardan los originales de todas las Constituciones de Cuba, las que dieron fisonomía jurídica a las guerras de independencia y las que han afirmado la personalidad de la nación al asumirse la soberanía. Da gusto ver el esmero de su presentación. Como natural rúbrica de esos textos se ofrece al interés del visitante una nutrida colección de documentos relacionados con esas campañas libertadoras.

Para aumentar la riqueza de este mínimo museo, en vitrinas a propósito se exhiben innumerables medallas. No hay acontecimiento de nuestra vida colonial o republicana que se halle ausente de esta exposición numismática. Y de otras naciones, más aún de nuestra América.

En un rápido recorrido por el Archivo nos satisface la contemplación de las diversas salas para conservar los legajos. Al construirse el edificio, se pensó en la posibilidad de un incendio. Cada sala es independiente, en cierto modo, dentro del conjunto y es fácil localizar en cualquier momento el inicio de un fuego. La estantería, en maderas preciosas del país, aisla convenientemente las cajas, sin peligro de los tradicionales enemigos del papel. Una adecuada ventilación salva de la humedad ese tesoro.

Amplísimas salas de lectura, una especial para el examen de planos y mapas, brindan al investigador la comodidad que requieren estos trabajos. Con celeridad que no puede superarse, el interesado en un tema encuentra cuantos antecedentes obran en nuestro archivo. Todo está en función ciudadana. Es como la notaría del Estado.

Uno de los problemas fundamentales del Archivo Nacional, problema que por muchos años fué insoluble, fué la publicación de documentos. Actualmente, el nuevo edificio, cuenta con una imprenta capaz de editar todas las obras que su Dirección estime dignas de ser conocidas. Una extensa nómina da fe de esa labor. Acontecimientos que no habían podido esclarecerse por falta de fuentes, ahora muestran una profusa bibliografía, lo mismo de nuestros movimientos emancipadores que de la invasión inglesa o de la política española en el régimen colonial. Estos libros se envían gratuitamente a bibliotecas, instituciones similares e individuos que, por su dedicación a estas materias, lo soliciten de su Director.

Para salvar de una absoluta destrucción muchos manuscritos de incalculable valor histórico, administrativo y judicial, cuya desaparición llevaría implícita la imposible solución de litigios que se dilucidan en los tribunales, el Archivo Nacional adquirió en los Estados Unidos una espléndida planta de laminación de documentos. Estos son cuidadosamente prensados en transparentes láminas, incontaminables al comején o la polilla, refractarias a la humedad. El trabajo requiere un personal técnico. Para lograrlo, eficientes empleados del Archivo han ido a Norteamérica a aprender la manipulación correspondiente.

Cuba, escogida como sede permanente del Comité de Archivos Panamericanos, responde con amplitud al honor que se le hace. Como ha dicho el conocido archivólogo doctor Roscoe R. Hill: *"La labor archivera de Cuba es muy loable. Bien recuerdo la situación tan precaria de los documentos valiosos pocos años ha; pero con ocasión de la celebración del centenario de su Archivo y gracias al concurso prestado por el Ejecutivo y el Congreso se construyó el edificio magnífico que ahora protege el patrimonio histórico de Cuba, que es de un gran valor, no solamente para los cubanos, sino para todas las repúblicas del hemisferio".*

Así trabaja el Archivo Nacional de Cuba. Así se ofrece a la mirada de América. Consciente de su responsabilidad, sabe que la Historia surge de sus frágiles ondas de papel, Afrodita de mármol y de bronce...

Andrés de PIEDRA-BUENO.

La Habana, diciembre de 1951.

(Especial para EL DIA).



Museo del Archivo Nacional: ayer en la bandeja de hoy.

VISITA A LA Sra. ANA CHERVIERE DE BATLLE PACHECO. — Una delegación conjunta del Comité Nacional Femenino Batllista y de la Comisión Nacional Femenina Batllista, visitó a la Sra. Ana Cherviere de Batlle Pacheco, esposa de nuestro Director, a fin de expresarle sus felicitaciones por la consagración del máximo ideal de Batlle, el Colegiado. La visita dió motivo a una reunión de carácter sencillo y amable, de la que en esta nota gráfica reproducimos un aspecto.





Fué celebrado en el Parque Hotel, en un banquete de amplias proyecciones el 15 de diciembre Día del Funcionario del Banco República, que contó con la asistencia del Directorio, y distintos grados del personal. Dos aspectos de la hermosa reunión a que nos referimos.



Homenaje a Reina Reyes organizado por un núcleo de personalidades como demostración a la brillante educacionista por la inteligente y tenaz labor realizada en la prensa, y en la Cámara de Representantes, en defensa de la personalidad del niño y del adolescente.



Acto de fin de curso escolar en la Escuela de 2º grado Nº 61.





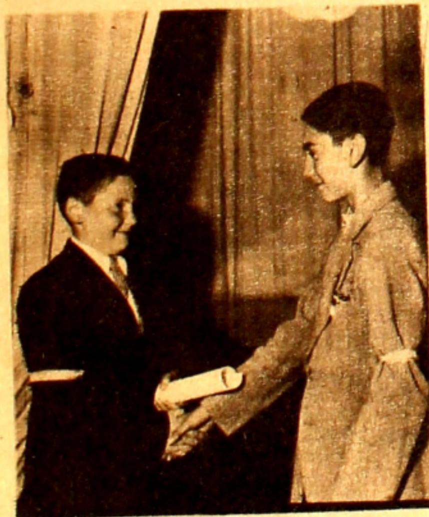
Acto de homenaje a los grandes benefactores de la Escuela Franklin D. Roosevelt, para Niños Lisiados.



Acto de fin de curso escolar en la Escuela de 2º grado Nº 24 "Joaquín Suárez"



La destacada escritora y Ministro de Estado de Cuba, Dña. Mariblanca Sabas Alomá, en momentos en que desembarca en Montevideo.



El Presidente del Club "Compañeros" en el momento de trasmitir su cargo al nuevo Presidente para 1952.

CONCENTRACION total del ser ante las hojas blancas que han sido marcadas con el sello de Guttenberg o ante los folios amarillentos ennegrecidos en forma manuscrita por las letras de más o menos legible percepción de venerables y centenarios personajes. Apartamiento de todo lo adjetivo. Un instante en que la vida vale sólo por un ansia de cultura. Todo, ampliación. Todo, novedades. Todo, demostración de lo poco que se sabe y de lo mucho que se gasta en vanidades por apariencias de saber. El estudio lleva a la frase clásica: *sólo sé que no sé nada.* Pero al conducir al hombre hacia atrás, al darle como un rejuvenecimiento, le proporciona un impulso, una fe en las posibilidades de llenar alguna de las tantas omisiones que lo han alejado de los verdaderos problemas. Pasan los años, la vida ofrece libros y experiencias, mas cuando el orgullo piensa que el cerebro y el corazón han dominado toda la razón y toda la sensibilidad humana, ocurre que, sin necesidad de caer en el escepticismo del viejo amargo que dijera *Vanidad de Vanidades*, se llega a la conclusión de que muchas de las preguntas dirigidas al arcano no han hallado aún la correspondiente contestación.

Y el estado de espíritu a que se arriba, lejos de aminorar las posibilidades de continuación en el esfuerzo, es el más poderoso estímulo para continuar en el estudio. Piénsese en el tedio que se produciría cuando todas las encuestas estuvieran satisfactoriamente contestadas. El hombre vive su mundo pequeño, su microcosmos, frente al enorme universo, al macrocosmos que lo rodea. Por la acción inteligente y el trabajo milagroso de milenarias generaciones, ha llegado a las más diversas formas del progreso contemporáneo. Todo ello es producto de estudio. Contribución del hombre que ha dedicado horas y más horas a observar, primeramente; a recoger el producto de sus observaciones, luego; a plasmar en el libro el resultado de tales experiencias; a leer en los libros de los demás esa labor que se va sumando a través de los siglos; a convertir los laborato-



Erasmo de Rotterdam (1467-1536), símbolo del humanista que ha sublimado el estudio, según el famoso cuadro de H. Holbein (1497-1543).

ELOGIO DEL ESTUDIO

rios en el receptáculo de sus diálogos con la ciencia; a dar vida a los archivos más o menos polvorientos; a evitar con su lectura los males del cáncer amarillo de las bibliotecas.

El progreso, ya citado, de la vida moderna — todo él producto del estudio y de los chispazos geniales — puede volcarse en algunos aspectos contra sus propios creadores. Que los excesos de maquinismo, a veces apartan al hombre de las realidades más insospechadas de su mundo interior. Sólo hay una manera de evitarlo. La del estudio: máxima panacea universal contra los males del alma. Estudio, sinfonía de duendes invisibles que danzan dentro de las anfractuosidades y las circunvoluciones y contradanzan a través de las sístoles y las diástoles. Estudio, poderoso clarín de lo introvertido. Estudio, signo de interrogación trascendente. Espejo de la vida y de la sombra y del misterio y de lo pasado en salto hacia lo futuro. Estudio, soliloquio que se extiende a todos los diálogos. Unica forma de que nuestra pequeñez se acerque al milagro de Homero a la fuerza de Esquilo, a la majestad de Platón, al uno de Pitágoras y al principismo hecho carne de Arquímedes. Unica manera de aproximarnos por un instante a las vivencias de Virgilio, a los anticipos fabulosos de Lucrecio, ciencia, filosofía y literatura armonizadas. Confraternidad con el derecho romano y con las libertades aragonesas y con los principios sajones de la Carta Magna y con los postulados de la revolución de Francia. Por el estudio, uno se siente por un momento como si fuera personaje de alguno de los tercetos dantescos, o cualquier figura shakespiriana o algo de Fausto o quizás Quijote o posiblemente Sancho. Se enfrenta a un *Avaro* de Moliére o a la generosidad maravillosa de un Pasteur o de una Madame Curie. Se pueden seguir, con ellos, los desarrollos de los más eminentes físicos y químicos, en ese entrenamiento de maravillas que hace sentir dentro de nosotros lo que fueron los sabios de veras *que en el mundo han sido.* Se advierte la suma de los idealismos del Universo a través de Ariel y se adentra para siempre esa inquietud del ideal en nuestra alma. Se puede llegar a la explicación de un Miguel Angel o de un Van Gogh o de un Renoir o de un Goya, o a sentir lo más adentro posible la sugestión de un Beethoven o de un Chopin. Que nuestra sensibilidad a veces tiene que ser conducida con andadores para lograr aproximarse a la esencia del ángel. El estudio aleja de las pequeñas cosas, de las pequeñas murmuraciones, de las pequeñas intrigas, de las pequeñas y de las grandes maldades. El estudio es un fin en sí mismo, no es un medio. Porque el estudio superioriza, aleja todo lo que no es oro purísimo, eleva los seres a la posibilidad de las altas contemplaciones. El estudio ha sido el avión más grande de todos los tiempos. Cohete de infinitos colores en dirección cenital, que se mete en el misterio de planetas y de estrellas y de nebulosas y de cometas. Y a la recíproca, estrella lejanísima que se apodera de todo nuestro ser para iluminarlo de esencias, de presencias y de conciencias. Enemigo número Uno de las frivolidades de la vida contemporánea. El estudioso observa gravemente a la vida, el frívolo se desliza por ella como en pista de patinaje. El estudioso sabe de la grande alegria que proporcionan los hallazgos trascendentes, el frívolo se aburre de alegrías aparentes que llevan el dolor en potencia. Hay dolor, sí, muchas veces, en el estudio, que *quien añade ciencia, añade dolor* (dentro del pequeño mundo de la vida práctica y de las incomprensiones), pero la finalidad del estudio lleva heroicamente a la reacción, porque se tiene la conciencia tranquila de haber ocupado el tiempo en lo más imprescindible para el ser y para la colectividad. Pues el estudio lleva impreso también el signo de lo social. Que aun el más aparentemente ignorado producto de cada estudio llega, por las vías inefables de la conversación, de la redacción y hasta de la imitación, a las más insospechadas estaciones del espíritu. Todos nosotros somos mentalmente el producto del estudio de todos. Por tanto, nuestro espíritu debe ser una cantera permanente de agradecimientos.

J. C. SABAT PEBET.

(Especial para EL DIA).

Tarzan®

por EDGAR RICE BURROUGHS



